

La construcción del *enemigo interno*. Una política pública del odio*



CARLOS ALBERTO RINCÓN OÑATE**

Fundación Universitaria Los Libertadores, Bogotá, Colombia



CÓMO CITAR: Rincón Oñate, Carlos Alberto. “La construcción del *enemigo interno*. Una política pública del odio”. *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 249-262, doi: 10.15446/djf.n19.76722

* Este texto hace parte de las reflexiones obtenidas del proyecto de investigación Aconteceres emocionales en el postconflicto, financiado por la Fundación Universitaria Los Libertadores.

** e-mail: carincono@libertadores.edu.co

© Obra plástica: Jim Amaral

La construcción del *enemigo interno*. Una política pública del odio

El llamado posacuerdo y la búsqueda de la paz han generado una situación nacional conflictiva pero urgente, en la que es necesario pensar en formas, metodologías y políticas que permitan la inclusión social. Sin embargo, tales procesos, que no son decretados por mandato presidencial, hacen preciso que la sociedad reconozca a ese otro que emerge bajo el significante “excombatiente”, tarea harto difícil porque en su historia, de manera sistemática, se le ha denominado “terrorista”. El texto presenta una ruta para reflexionar sobre algunos aspectos que intervienen en la construcción del otro y su tránsito al lugar de enemigo.

Palabras clave: conflicto armado, enemigo, éxtimo, libido, masa, *Nebenmensch*.

The Construction of the *Internal Enemy*. A Public Policy of Hatred

The so-called post-agreement period and the search for peace have generated a conflictive yet pressing national situation in which it is necessary to think of ways, methodologies, and policies that allow for social inclusion. However, such processes, which do not arise from presidential decrees, make it necessary for society to recognize the other that arises from the signifier “ex-combatant”. This is a difficult task because, historically, that other has been systematically called a “terrorist”. The article provides a path to reflect on some of the aspects involved in the construction of the other and his/her transit to the position of enemy.

Keywords: armed conflict, enemy, *extimate*, libido, mass, *Nebenmensch*.

La construction de *l’ennemi interne*. Une politique publique de la haine

Le dit post-accord et la poursuite de la paix —en Colombie— ont produit un état de choses national conflictuel mais urgent, dont il faut penser les formes, les méthodes et les politiques qui puissent admettre l’inclusion social. Pourtant, ces procédés, qui n’ont jamais été arrêtés par mandat présidentiel, exigent que la société reconnaisse cet autre qui émerge sous le signifiant “ex-combattant”. Il s’avère en être une tâche très difficile étant donné que, de façon systématique il a été dénommé terroriste. L’article présente une route pour réfléchir à quelques aspects qui collaborent à la construction de l’autre et son passage à la place d’ennemi.

Mots clés: conflit armé, ennemi, *extime*, libido, masse, *Nebenmensch*.

Es hablar de la esperanza y del amor que nos cuesta.

A. O.

El posconflicto, más allá de sus correlatos jurídicos y las importantes exigencias de verdad, justicia, reparación y no repetición, es también una interfase que conlleva un reto para nuestro país, sobre todo porque el imperativo de una paz estable y duradera, derivado del proceso de paz, implica altos aportes de justicia. Pero también implica entender aquello que se ha dado en llamar la reconciliación, fenómeno que, atendiendo a su base etimológica, nos pone de presente la acción de aceptar las diferencias y reconstruir los lazos; es decir que, en el caso de la sociedad colombiana, hace una clara alusión a las junturas que deben restablecerse entre la urdimbre y la trama de un tejido social que ha venido siendo deshilado.

Son muchos los textos que, desde la teoría política, la sociología o la economía han sido elaborados, abordando los fenómenos del proceso de paz, el posacuerdo y lo que sería el posconflicto. Sin embargo, tales lecturas no estarían completas si se pierden de vista aquellas comprensiones y reflexiones que atañen al sujeto, entendido como constituido por lo social, en donde la paz es un fenómeno psicológico, al igual que el odio, tema central de este texto.

En tal sentido y como idea introductoria, vale la pena establecer una relación entre el reto reconciliatorio y una cierta imposibilidad de la sociedad para lograrlo, quizás por esa marcada proclividad a repetir discursos de odio y animadversión y, quizás por eso, su incapacidad de reconocer como prójimo a un sujeto que durante mucho tiempo fue ubicado en el lugar del enemigo.

Freud en su texto “Psicología de las masas y análisis de yo” dirá que el sujeto sufre un cambio importante cuando se encuentra inmerso en una multitud. Una masa. la llamará, y la define como un alma colectiva en la cual los individuos sienten, piensan y actúan de forma totalmente diferente a la que sentirían, pensarían y actuarían si estuvieran aislados. Esta primera tensión entre sujeto y masa resulta esclarecedora gracias a que deja establecidas las bases para entender que el sujeto no puede constituirse sin el otro y que, por lo tanto, el sujeto está estructurado por lo social.



En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más amplio, pero enteramente legítimo. La relación del individuo con sus padres y hermanos, con su objeto de amor, con su maestro y con su médico, vale decir, todos los vínculos que han sido hasta ahora indagados preferentemente por el psicoanálisis tienen derecho a reclamar que se los considere fenómenos sociales.¹

Dos preguntas se desprenden de esta alusión freudiana a la masa, que resultan importantes para el recorrido que procura este texto. Por un lado, la manera como la sociedad incide en el sujeto, generando incluso cambios claros de actitud y voluntad, pero por otro lado, cómo ese prójimo deviene enemigo, es decir, cómo se rompe ese tejido social.

Freud se apoyará en la masa social para decir que allí el sujeto “queda sometido a condiciones que le permiten echar por tierra las represiones de sus mociones pulsionales inconscientes”². En tal sentido, lo aparentemente nuevo en el comportamiento del sujeto no es sino la exteriorización de algo inconsciente, situación en que la consciencia moral desaparece. Surgen adjetivos para la masa social que remiten a su vulnerabilidad psíquica. Una masa es impulsiva, voluble, excitable, influenciable, acrítica y crédula, razones por las cuales lo improbable no existe para ella.

Inclinada ella misma a todos los extremos, la masa sólo es excitada por estímulos desmedidos. Quien quiera influirla no necesita presentarle argumentos lógicos; tiene que pintarle las imágenes más vivas, exagerar y repetir siempre lo mismo. Puesto que la masa no abriga dudas sobre lo verdadero o lo falso, y al mismo tiempo tiene la conciencia de su gran fuerza, es tan intolerante como obediente ante la autoridad. Respeta la fuerza, y sólo en escasa medida se deja influir por las buenas maneras, que considera signo de debilidad. Lo que pide de sus héroes es fortaleza, y aun violencia. Quiere ser dominada y sometida, y temer a sus amos. Totalmente conservadora en el fondo, siente profunda aversión hacia las novedades y progresos, y una veneración sin límites por la tradición.³

Mientras el individuo sumergido en la masa experimenta un acrecentamiento extraordinario de su afectividad y una merma de su rendimiento intelectual, acompañado de una abolición de sus inhibiciones pulsionales, la masa que lo contiene se hace proclive a lo inverosímil o lo irreal, procurando así los cimientos de una arquitectura argumentativa que permitirá que el miedo y la hostilidad sean un binomio maravillosamente productivo, sobre todo a la hora de establecer escenarios de poder

1. Sigmund Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 67

2. *Ibíd.*, 73.

3. *Ibíd.*, 75.

y rivalidad. En tal situación, la búsqueda de la certeza o la verdad no representan para la masa una urgencia en sí misma, razón que servirá de fundamento para reconocer su importancia en el intento de entender un fenómeno emocional de tan fuertes implicaciones sociales como el odio.

Las masas nunca conocieron la sed de la verdad. Piden ilusiones, a las que no pueden renunciar. Lo irreal siempre prevalece sobre lo real, lo irreal las influye casi con la misma fuerza que lo real. Su visible tendencia es no hacer distingo alguno entre ambos.⁴

También dirá Freud que el individuo, al hacer parte de la masa, se encuentra en condiciones de echar por tierra las represiones de las mociones pulsionales inconscientes y desatar una particular fuerza amorosa con lo cual lograr la cohesión y la sugestionabilidad, razón por la cual la voluntad y el discernimiento, un par de capacidades individuales, están destinadas al fracaso.

Es esta fuerza sugestiva y voluptuosa de la masa la que, actuando de manera dinámica y progresiva, permite que incluso la libertad del individuo se vea constreñida, convirtiéndolo en alguien proclive a la mayor de las dependencias. En tal sentido y de manera ilusoria, la vulnerabilidad del individuo se hace colectiva, fundamentando un intento de crear, tener y consolidar a toda costa el lugar de un otro en el cual creer. Se crea entonces un espejismo, se constituye una jefatura y aparece la figura del jefe que libera de la angustia que divide y consolida una unidad, una masa.

La masa es entonces un tejido social cuyos hilos libidinales procuran armonía y cohesión. El odio, desde esta perspectiva, se entendería como un cambio en la polaridad de las fuerzas amorosas. Así, lo que funciona al interior de la masa como cohesión, identidad⁵, respeto y armonía, se proyectará hacia fuera de ella como hostilidad y violencia, hincada en ese aparente abismo humano. Freud a propósito lo llamó el “narcisismo de las pequeñas diferencias”⁶.

Por esta vía es posible comprender la construcción de un enemigo como forma de asegurar la cohesión frente al peligro que representa.

Se llamó *enemigo interno* a una construcción política con la cual se designa al comunismo internacional, el cual fue identificado como una amenaza para la seguridad colectiva de los estados, bajo la influencia en su momento de los Estados Unidos. Esta primera forma de lucha, en el escenario político e ideológico, toma nuevas formas para darle nombre a un estado de cosas latinoamericano identificado con lo que en su momento fueron las revoluciones cubana y nicaragüense y que se constituyeron en la base para la consolidación de la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, que denominó un modelo de intervención en las autonomías de las naciones, sirviendo de marco para el análisis de las dinámicas sociales en materia de seguridad.

4. Ibíd.

5. Recordemos que Freud dirá de la identificación que se trata de un mecanismo que da cuenta de la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona.

6. Se trata de un planteamiento freudiano según el cual son precisamente las pequeñas diferencias entre grupos la base de los sentimientos de hostilidad entre ellas.

El incremento de la deuda externa, el debilitamiento de las economías nacionales que no habían logrado alcanzar un desarrollo integral a través de las inversiones extranjeras, el detrimento de la industria nacional, la sustitución de importaciones, a diferencia de Argentina y Brasil que lograron intensificar el desarrollo de acerías y productos químicos, la no-reactivación de las exportaciones, el desempleo, la pobreza y la inflexibilidad en el poder, se consideraban como condiciones necesarias para la expansión del pensamiento Comunista en América Latina. Temor que esta potencia sintió con la experiencia de la Revolución Cubana, expresión revolucionaria en el Continente. La visión de una segunda Cuba estimuló el desarrollo de estas políticas de lucha contra el Comunismo y esta potencia intervino aumentando la asistencia recíproca con énfasis militar en los gobiernos que combatieran la subversión.⁷

La Doctrina de Seguridad Nacional se definió desde el plano militar y se convirtió en la línea de acción de los ejércitos, en el caso nuestro, de los ejércitos latinoamericanos, e hizo de la figura del *enemigo interno* un concepto, una pieza clave en la guerra irregular contra una realidad social caracterizada por la inconformidad ciudadana, la movilización y la consolidación de movimientos sociales reivindicativos. De esta avalancha ideológica se produjeron entonces consecuencias que incidirían en las políticas públicas y las dinámicas ciudadanas de diferentes países y que luego del paso de los años estarían en la base del tratamiento contrainsurgente que se les da a muchas situaciones sociales que han hecho del prójimo alguien en quien desconfiar.

Volviendo a Freud y apoyándonos en esta figura del *enemigo interno* es posible situar, en la figura del prójimo, algunos elementos con los cuales pensar cómo ese cercano deviene en una figura hostil.

EL NEBENMENSCH, O EL PRÓJIMO QUE SE AMA Y SE ODIS

La relación entre sujeto y sociedad nos lleva a pensar paralelamente en las manifestaciones que se presentan en la masa, pero también en la construcción subjetiva de aspectos relacionados con el Otro y su lugar fundamental en la estructuración de la realidad psíquica. Por esa razón, el intento por comprender el enemigo como la construcción de un lugar en donde proyectar los sentimientos hostiles de la sociedad lleva a pensar paralelamente en un sujeto que ha construido un objeto de amor. La cohesión entre los miembros de la masa proporciona un comportamiento homogéneo a partir de considerarse iguales en el amor al líder, hermanados en el amor al ideal, pero esa cohesión se soporta expulsando hacia afuera la hostilidad. El resultado de esa unificación de sentimientos provoca la emergencia de lo adverso, lo cual dará lugar al

7. Magda Alicia Ahumada, *El enemigo interno en Colombia* (Quito: Ediciones Abya Yala, 2007), 23.

enemigo. Así, ubicar en un mismo lugar el objetivo del odio implica también reducir la agresión interna e incrementar la cohesión y el amor común. Sin embargo, ¿cómo aparece el enemigo?

Es posible acudir para ello a un planteamiento freudiano que se conoce como la mudanza de una pulsión en su contrario. Recordemos que, en la estructuración del sujeto, el amor es el organizador de su mundo interno, dejando lo de afuera, es decir, de donde viene el objeto, como un lugar hostil. Así, “el objeto es aportado al yo desde el mundo exterior en primer término por las pulsiones de autoconservación; y no puede desecharse que también el sentido originario del odiar signifique la relación hacia el mundo exterior hostil, proveedor de estímulos”⁸. En este sentido, es posible entender que amor-odio, que no tienen el mismo origen, constituyen una continuidad, una misma tela hecha con diferentes fibras, quizás porque según lo afirmado por el psicoanálisis sobre las pulsiones, el odio será la base sobre la cual se constituye el amor.

El yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuente de sensaciones displacenteras... Y aun puede afirmarse que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse.⁹

Sin embargo, también podemos intentar otra comprensión del fenómeno aprovechando la figura de *enemigo interno* que presenta la Doctrina de Seguridad Nacional, la cual nos advierte de entrada algo con lo cual se encontró Freud en sus reflexiones sobre el objeto de amor.

Es preciso remontarnos a la primera experiencia de satisfacción, momento en que el ser humano es una criatura desvalida, característica propia de su prematuración biológica. Dada esta condición, el organismo se presenta frágil ante el mundo exterior que es una amenaza y un peligro.

Este hecho refuerza la idea según la cual el aparato psíquico esté obligado a establecer una relación de defensa frente al mundo real. Y, por último, dado este emplazamiento, que solo puede traducirse en dolor —angustia como señal, diría Freud—, el Otro, que viene a ayudar, se convierte en el único poder auxiliador; por lo que se puede afirmar que el desvalimiento “incrementa el valor del único objeto que puede proteger” —dice Freud—, y obliga a que el primer encuentro humano, propiamente dicho, se establezca en términos de presencia, ausencia, dependencia y amor.¹⁰

La primera experiencia de satisfacción hace que el encuentro con el Otro esté caracterizado por una doble condición. Se trata de un buen encuentro en cuanto este semejante procurará cuidado, pero también es un encuentro lamentable. Esta otra parte

8. Sigmund Freud, “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 131.

9. *Ibíd.*, 132

10. Jaime Arturo Santamaría, “El prójimo, la ley y la máquina: algunas consideraciones sobre el mal radical”, (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2015), 27.

de la experiencia es llamada por Freud “vivencia de dolor” o “vivencia de terror”¹¹ y concierne a un encuentro desafortunado que corresponde a circunstancias de pena primordial que fijan una imagen, la cual remite a un “objeto hostil”.

De la vivencia de terror queda la imagen del objeto y también otras imágenes asociadas al objeto hostil por “efectos colaterales” o asociación simultánea. Cuando alguna de estas otras imágenes es investida, por similitud con alguna percepción, se activa un mecanismo parecido al dolor que Freud llama “displacer”. La función de este último es poner en movimiento todo el aparato, de suerte que no sea posible la reactivación de la imagen del objeto hostil; el displacer sirve de señal frente a un peligro. A este estado Freud lo llama “afecto”, y se reconoce por su cualidad opuesta al placer.¹²

En ese encuentro con el semejante, al deseo le corresponde una imagen del Otro que procuró los cuidados nutricios e, inversamente, el afecto busca desalojar también una imagen del Otro en su dimensión hostil. Este encuentro con el Otro será la base para el complejo del *Nebenmensch*, palabra con la cual Freud hace alusión al ser humano que hace las veces de cuidador, un prójimo que, como vemos, tiene entonces una doble condición. Se trata al mismo tiempo de un objeto satisfaciente y un primer objeto hostil.

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo. En este caso, el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto como este es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir. Es que los complejos de percepción que parten de este prójimo serán en parte nuevos e incomparables. [...] Y así el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales [se] impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio.¹³

Freud señala que el prójimo tiene también la tarea de permitirle al ser humano su función de discernir, con lo cual se está refiriendo a la facultad que le permita al sujeto darle atributos a las cosas del mundo y pueda concederles existencia. Este discernimiento es llamado la función del juicio, al cual Freud le arroga dos decisiones: “Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad”¹⁴.

La función del juicio permite que las cosas del mundo sean consideradas como buenas o malas, placenteras o displacenteras, haciendo que lo bueno sea aceptado y lo malo rechazado.



11. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños” (1900), en *Obras completas*, vol. V (Buenos Aires: Amorrortu, 2008), 589.

12. Santamaría, “El prójimo, la ley y la máquina: algunas consideraciones sobre el mal radical”, 28.

13. Sigmund Freud, “Proyecto de psicología” (1950 [1895]), en *Obras completas*, vol. I (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 376.

14. Sigmund Freud, “La negación” (1925), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 2008), 254.

La primera tarea refiere a propiedades y atributos de una cosa. Estas cualidades son clasificadas por Freud como buenas o malas, placenteras o dolorosas respectivamente. El aparato opta, según el principio primario, por introducir dentro de sí lo bueno y expulsar lo malo o perjudicial. Esto último corresponde a lo ajeno, lo que se encuentra afuera como desconocido; en definitiva, cualquier amenaza que pueda representar dolor. Según la segunda tarea, el juicio tiene que admitir o impugnar existencia. Es decir, no se trata de saber si algo del mundo puede ser representado o no en el psiquismo como huella mnémica, sino de discernir si la imagen, que quedó de la vivencia de satisfacción, puede ser encontrada una vez más en la percepción, que no es otra cosa que el movimiento compulsivo que caracteriza al deseo.¹⁵

En consecuencia, el Otro dará consistencia al sujeto y aparecerá como lo próximo, pero también como lo ajeno, amado y odiado, bueno o malo. Sin embargo, su característica de hostilidad, producto de la amenaza y como secuela de la vivencia de dolor, no es representada.

Algo no es introducido en la estructura mnémica; el objeto hostil queda como extranjero, como hueco en el campo de las representaciones. Esto es comprensible, si recordamos que, según el principio del placer, el aparato nervioso procuró introducir dentro de sí lo bueno y útil, y rechazó lo malo y dañino.¹⁶

El Otro en su dimensión hostil no está representado, es un agujero en la cadena. Freud se refirió a él como *das Ding*.

Das Ding aparece entonces como primer exterior y orienta la relación del sujeto con sus objetos, sin que este los pueda alcanzar. Este es entonces el objeto perdido como tal, el cual, en calidad de Otro absoluto, el sujeto tratará de encontrar y solo lo hará como añoranza, como atributo de la cosa, no como la cosa misma. El juicio de atribución dirá cualidades de la cosa, pero solo como producto de la metáfora, del orden del significante, no de la cosa en sí misma, dejando claro que esta, *das Ding*, está radicalmente perdida, escapando a todo significante.

Con el juicio de atribución, y entendiendo las características del otro como odiado y amado, bien vale la pena traer a colación las palabras de Freud en “El malestar de la cultura” haciendo referencia al imperativo cultural según el cual “amarás a tu prójimo como a ti mismo”:

No es sólo que ese extraño es, en general, indigno de mi amor; tengo que confesar honradamente que se hace más acreedor a mi hostilidad, y aun a mi odio. No parece albergar el mínimo amor hacia mí, no me tiene el menor miramiento. Si puede extraer alguna ventaja, no tiene reparo alguno en perjudicarme, y ni siquiera se pregunta si la

15. Santamaría, “El prójimo, la ley y la máquina: algunas consideraciones sobre el mal radical”, 31.

16. *Ibíd.*, 39.

magnitud de su beneficio guarda proporción con el daño que me inflige. Más todavía: ni hace falta que ello le reporte utilidad; con que sólo satisfaga su placer, no se priva de burlarse de mí, de ultrajarme, calumniarme, exhibirme su poder.¹⁷

El amor y el odio constituyen las dos caras de una sola moneda, elementos que, en su aparente oposición, se convierten en la base de todos los asuntos humanos. Su ambivalencia aparece ligada a ciertos estadios de la evolución libidinal del sujeto, en los que coexisten al mismo tiempo mociones pulsionales contradictorias. Freud, en su trabajo de 1915, “Pulsiones y destinos de pulsión”, dirá del amor que:

[...] proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer. Se enlaza íntimamente con el quehacer de las posteriores pulsiones sexuales y coincide, cuando la síntesis de ellas se ha cumplido, con la aspiración sexual total.¹⁸

De otro lado, con respecto al odio afirmaré que

[...] es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor; brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos. Como exteriorización de la reacción displacentera provocada por objetos, mantiene siempre un estrecho vínculo con las pulsiones de la conservación del yo, de suerte que pulsiones yoicas y pulsiones sexuales con facilidad pueden entrar en una oposición que repite la oposición entre odiar y amar.¹⁹

EL ENEMIGO INTERNO, UNA FORMA DE LO ÉXTIMO

Recogiendo la discusión anterior, podemos afirmar que el prójimo, ese que estaría en el lugar del más cercano, es al mismo tiempo, gracias al discernimiento que hace el recién nacido, alguien extraño, hostil, un Otro que puede hacer daño, un enemigo. En este punto llegamos con Freud a una conclusión que es muy importante para el asunto que aquí nos concierne: en la base estructural de la constitución del sujeto el enemigo es interno. Mejor aún, es al unísono lo más extraño, ajeno, hostil, y lo más cercano, lo más íntimo. Siendo tan próximo, ese otro que auxilia, es también ese otro en el que está puesto lo abyecto y peligroso, fuente del dolor, es decir, aquel que debería estar más lejos de nosotros: lo éxtimo.

17. Sigmund Freud, “El malestar en la cultura” (1930), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 29.

18. Freud, “Pulsiones y destinos de pulsión”, 131.

19. *Ibíd.*, 134.

Nos dice Jaques-Allan Miller que lo que llevó a Lacan a hablar de la extimidad se relaciona con *das Ding*, lo más próximo, el *Nebenmensch*. El término extimidad se construye sobre la intimidad, no es su contrario, es lo más íntimo, indicando con ello que esto más íntimo está en el exterior. Y si podemos pasar de lo éxtimo a lo íntimo es porque se encuentran en una zona en donde las negaciones se anulan, como el *Unheimlich* freudiano. En tal sentido, en el fuero más íntimo, el sujeto descubre otra cosa, algo extraño.

¿Cuál es, pues, ese otro con el cual estoy más ligado que conmigo mismo, puesto que en el seno más asentido de mi identidad conmigo mismo es él quien me agita? Su presencia no puede ser comprendida sino en un grado segundo de la otredad que lo sitúa ya a él mismo en posición de mediación con relación a mi propio desdoblamiento con respecto a mí mismo, así como con respecto a un semejante.²⁰

Lo éxtimo es lo que está más próximo, lo más interior, sin dejar de ser exterior. Se trata de una formulación paradójica. El enemigo entonces no es completamente ajeno ni totalmente exterior, o, mejor dicho: el enemigo, siendo lo más ajeno, lo más exterior es también lo más íntimo, lo más familiar, lo más próximo.

He avanzado, he designado como vacuola, como ésta, interdicción en el centro que constituye, en suma, lo que nos es más próximo siéndonos, sin embargo, exterior. Sería necesario hacer la palabra “extime” para designar aquello de lo que se trata... Es en esta exterioridad jaculatoria que ese algo se identifica, por lo cual lo que es lo más íntimo justamente es lo que estoy constreñido a no poder reconocer más que fuera.²¹

Situados estos elementos es posible una vía explicativa para ubicar la sensación de extrañeza y familiaridad que acompaña al enemigo, que incluso hace del vecino, del otro cotidiano, alguien objeto de la hostilidad. Este cimientamiento es fundamental para referenciar a ese, que en la política pública se ha llamado *enemigo interno*, al cual la Doctrina de Seguridad Nacional ha dibujado como un radical diferente, abominable y odioso que, sin lugar a dudas, se funda en este primero. Hablamos entonces de otro que, construido con intencionalidad, genera miedo y zozobra, y su construcción cuenta con esta base que se arraiga en lo éxtimo para generar asimetrías estratégicas en medio de un conflicto armado como el colombiano.

LO OMINOSO QUE RETORNA

Avanzamos en procura de plantear cómo desde una política pública se ha hecho del vecino, del familiar, un enemigo, objeto de un odio mayúsculo en procura de

20. Jacques Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” (1957), en *Escritos 1* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1975), 491.

21. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 16. De un Otro al otro* (1968-1969) (Buenos Aires: Paidós, 2014), 188.

su deshumanización, garantizando con ello que toda forma de exterminio sea de alguna manera consentida por la masa. Es en este sentido que agenciados desde esta estrategia se busca localizar en él el núcleo del mal, lo aparentemente más inhumano, lo radicalmente rechazado desde el origen del sujeto, quien paradójicamente se ha fundado en ese rechazo. Así se promocionan significantes de uso cotidiano para rebajar al enemigo, despojándolo de todo aquello que podría dar cuenta de su dignidad, tales como “monstruo”, “plaga” o “bestia”²², aspectos que remiten a lo siniestro. Acá es pertinente recordar cómo el mismo Presidente de la República se refería a la guerrilla como “la culebra”, afirmando por ejemplo que le habían asestado un duro golpe pero que “la culebra aún seguía viva”.

Se hacía referencia en líneas anteriores al *Unheimlich* freudiano. En 1919, ocupado en reflexiones sobre las mociones de sentimiento amortiguadas, de meta inhibida, y concomitantes con el universo estético, Freud se preguntaba acerca de lo ominoso, quizás como una forma de reconocer aspectos relacionados con la angustia. Su pesquisa inicia afirmando que “lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo”²³. Al preguntarse cómo es posible que algo familiar se vuelva ominoso y en qué condiciones se presenta de esta forma, recurre al análisis de la palabra alemana *Unheimlich*, la opuesta de *Heimlich*, que puede ser traducida como aquello familiar, lo íntimo.

De esta manera, lo *Unheimlich*, lo ominoso, resulta algo terrorífico justamente porque no es familiar, usual o conocido. Sin embargo, el autor advierte que no todo lo no familiar, no todo lo desconocido resulta de por sí ominoso y que “algo de lo novedoso es ominoso pero no todo. A lo nuevo y no familiar tiene que agregarse algo que lo vuelva ominoso”²⁴. Así, en una búsqueda del origen y la historia de esta palabra en alemán Freud descubre que *Heimlich* es una palabra que ha desarrollado su significado siguiendo una ambivalencia hasta coincidir al fin con su opuesto, *Unheimlich*. Lo familiar, próximo y conocido resultó extraño, desconocido, ominoso, tal como en el antiguo alemán pervivían estos dos sentidos opuestos en la misma palabra *Heimlich*.

Lo *Heimlich* se torna *Unheimlich*, pero, como Freud nos advierte, el vocablo no es unívoco, por tanto, está abierto a múltiples sentidos y lo que allí aparece es el retorno de lo reprimido, de lo reprimido infantil. Lo ominoso es aquello que siendo lo más extraño es lo más familiar pero reprimido; implica el retorno, la actualización de ese íntimo que se revela en medio de la extrañeza.

Aquello antaño hospitalario se nos torna agreste e inhóspito, el amigo en enemigo, el civilizado en salvaje agresor, la seguridad en miedo, la certidumbre en paranoia y todo se torna un desdoblamiento especular de aquello íntimo, familiar y a la vez siniestro que nos habita. Se confunden el adentro y el afuera, la fantasía con la realidad y la razón se



22. “Vamos a darle a la culebra por la cabeza” fue una de las frases que la prensa registró y en las que se hace alusión al enemigo que encarnaba las FARC.

23. Sigmund Freud, “Lo ominoso” (1919), en *Obras completas*, vol. XVII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 219.

24. *Ibíd.*, 220.

sale de sus goznes. Ante el “enemigo” sin rostro, ante el retorno de lo reprimido, ante la amenaza de lo fantasmático, aparecen, inevitablemente, las fantasías más arcaicas, la paranoia y las actuaciones. La angustia lo matiza todo, lo más irracional aflora y la capacidad para la reflexión nos abandona, creencia y delirio se traslapan con los graves riesgos que esto conlleva.²⁵

El planteamiento freudiano aborda lo ominoso como aquello que retorna provocando angustia, algo previamente conocido. Con este fundamento puede comprenderse que los usos del lenguaje hagan pasar lo *Heimlich* por su opuesto, lo *Unheimlich*, ya que esto ominoso no es realmente algo nuevo, sino un elemento familiar y antiguo de la vida anímica que fue reprimido y ahora retorna. Ernst Anton Jentsch fue uno de los autores en los cuales Freud se apoyó para realizar sus reflexiones. Citándolo, nos plantea que:

Uno de los artificios más infalibles para producir efectos ominosos en el cuento literario consiste en dejar al lector en la incertidumbre sobre si una figura determinada que tiene ante sí es una persona o un autómata, y de tal suerte, además, que esa incertidumbre no ocupe el centro de su atención, pues de lo contrario se vería llevado a indagar y aclarar al instante el problema, y, como hemos dicho, si tal hiciera desaparecería fácilmente ese particular efecto sobre el sentimiento.²⁶

El enemigo construido por la doctrina de seguridad nacional como *enemigo interno* no es absolutamente extraño, sino que entonces es un lugar que remite a lo familiar en dos sentidos. El primero de ellos, el que, relacionándose con lo próximo, se convierte en ajeno y radicalmente diferente. El otro, el de lo consabido de siempre, pero reprimido que ahora retorna como siniestro. Pareciera también, teniendo en cuenta el artificio promulgado por Jentsch, que, en la Doctrina de Seguridad —lo que luego fue Doctrina de “Guerra Total” y, en nuestro contexto, la “Doctrina de Seguridad Democrática”— la figura del enemigo se complementa con la del terrorista, haciendo de este la figura de un nuevo relato que enmarca una realidad ontológica que designa lo radicalmente opuesto al orden.

La etiqueta “terrorismo”, como sinónimo de pulsión homicida irracional, sirve para caracterizar al enemigo como no-humano, no-persona, que no merece ser tratado con los instrumentos del derecho ni con los de la política. Es el vehículo de una nueva antropología de la desigualdad, marcada por el carácter tipológicamente criminal, demencial e inhumano, asociado al enemigo y, de este modo, también de una nueva y radical asimetría entre “nosotros” y “ellos”.²⁷

25. José Cueli, “Lo ominoso”, *La jornada*, agosto 19, 2008. Disponible en: <http://www.jornada.com.mx/2008/08/29/index.php?section=cultura&article=a06a1cul> (consultado el 01/05/2018).

26. Freud, “Lo ominoso”, 227.

27. Pablo Angarita Cañas, *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010* (Medellín: Sílabo editores, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales, 2016), 81.

El terrorista como no humano, como autómatas, como animal o plaga que debemos exterminar. Pero el punto en el que Freud va más allá de Jentsch es en mostrar que esto inhumano, que ese temido animal o ese autómatas, ominoso, que ahora es el objeto del odio que dirijo al otro, al vecino que ahora se me antoja desconocido y extraño, no es sino el retorno del odio más íntimo, de lo reprimido más propio y ajeno a la vez, que me constituye: ese enemigo tan aparentemente extraño es bien interior, es una suerte de *enemigo interno*. Mientras más extraño, odiado e inhumano veo ahora al próximo, ataviado con el ropaje de enemigo o de terrorista, más desconozco que ese odio y esa extrañeza hacen parte de lo más familiar, del otro más íntimo que me habitaba desde antaño. La fuerza de ese odio también se nutre de ese desconocimiento, de esa ignorancia.

Esta es quizás la característica más importante sobre la cual descansa una política de odio tan decidida como la que analizamos, la construcción del *enemigo interno*, en donde generar zozobra, acrecentar la sensación de inseguridad, construir falsas noticias, además de otras estrategias, se ha convertido en la ruta más expedita para consolidar unos lazos que masifiquen, que demanden seguridad, protección, y que logren su propósito de construir un enemigo que, siendo el prójimo ahora es presentado como la fuente extraña del mal, aquel que estaría en las antípodas de la masa y del “nosotros” que ella reclama para consolidar su ilusión de unidad:

[...] en nombre del “hemos”, del “nosotros”, se les trata de un “ellos” que ha perdido el carácter de persona, por lo que en verdad no es “ellos” que todavía designa la tercera persona del plural sino “eso”: “cosa”, “bestias”; es decir se designa algo radicalmente distinto a la especie humana, expulsado, extranjero, lo más alejado de nuestra intimidad. Sin embargo, es el odio del “nosotros” lo que ha expulsado a “eso” que antes era la “parte” con la que se dialogaba y se negociaba. Antes era el semejante, ahora se le ha excomulgado, se le ha maldecido.²⁸

En conclusión, el próximo, el íntimo es al mismo tiempo lo más extraño desde la estructuración del sujeto. Sobre esta idea es fácil entender cómo la construcción del *enemigo interno*, eje central de una política pública de odio, fructifica al tiempo que genera un serio obstáculo para un proceso de reconstrucción de los lazos sociales como el que requeriría la sociedad. El enemigo difícilmente puede dejar de ser “abominable y odioso” porque surge de lo más íntimo y reprimido, del prójimo que nos constituye. El cambio, la posible salida de ese odio implicaría entonces reconocer aquello propio que en ese rechazo es constitutivo de mí mismo, de nuestras comunidades, de nuestra historia. Quizás solo así deje de ser exitoso un plan de seguridad en donde “hay que desconfiar hasta de la madre”.

28. *Ibíd.*, 82.

BIBLIOGRAFÍA

- AHUMADA, MAGDA ALICIA. *El enemigo interno en Colombia*. Quito: Ediciones Abya Yala, 2007.
- ANGARITA CAÑAS, PABLO. *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Medellín: Sílabo editores, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales, 2016.
- CUELLI, JOSÉ. "Lo ominoso". *La jornada*. Agosto 19, 2008. Disponible en: <http://www.jornada.com.mx/2008/08/29/index.php?section=cultura&article=a06a1cul>.
- FREUD, SIGMUND. "Proyecto de psicología" (1950 [1895]). En *Obras completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "La interpretación de los sueños" (1900). En *Obras completas*. Vol. V. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- FREUD, SIGMUND. "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "Lo ominoso" (1919). En *Obras completas*. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1920). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- FREUD, SIGMUND. "La negación" (1925). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- FREUD, SIGMUND. "El malestar en la cultura" (1930). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- LACAN, JACQUES. "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud" (1957). En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 16. De un Otro al otro* (1968-1969). Buenos Aires: Paidós, 2014.
- SANTAMARÍA, JAIME ARTURO. "El prójimo, la ley y la máquina: algunas consideraciones sobre el mal radical". Tesis de maestría. Universidad Nacional de Colombia, 2015.

